

Hasta los muertos conspiran.

Comedia histórica en tres actos, original de D. Alejandro Mayoli y Enderiz, *representada con general aplauso en el teatro de Variedades, el* 16 *de enero de* 1847.

PERSONAS.

Don Fernando Valenzuela.
Don Luis de Benavides, *marqués de Caracena.*
Doña Sol, *su hija.*
Flora, *dama de doña Sol.*
Don Juan de Austria.
El marques de Villars, *embajador de Francia.*
Pantoja.
El duque de Medinaceli.
Don Luis de Haro, *marqués de Liche.*
Gomez Silva.
Pedro Contreras.
Criado 1.°
Criado 2.°
Guardias.

La escena es en Madrid, año de 1679.

ACTO PRIMERO.

Salon de palacio.—Entrada general por el foro.—A la izquierda del actor, y en primer término, una puerta que conduce á la cámara del rey: en segundo término otra que es la del aposento de don Juan de Austria.—A la derecha del actor una pequeña puerta que sirve de comunicacion con la habitacion del marqués de Caracena.—Sillones, muebles de la época, una mesa al foro con floreros, otra en el proscenio con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

Pedro Contreras, Gomez Silva, Pantoja.

Sil. Las once ya! Mucho tarda
el marqués de Caracena,
y eso que vive en palacio.
Con. Su magestad le dispensa
este honor.
Pan. Su magestad,
ó don Juan de Austria?
Con. Cualquiera
de los dos mandarlo puede,
conque es una cosa mesma.
Pan. Ya...
Con. Pues.
Sil. Dijo que vendria?
Con. Y que nosotros en esta
sala esperásemos juntos,
para ir á ver á su alteza,
con él y felicitarle.
Pan. Y por qué?
Sil. Pues esa es buena!
Hoy es el aniversario
de la hazaña mas escélsa
del principe, de aquel dia
en que, con frente serena,
desde Torrejon de Ardoz
al partido de la reina
obligó á capitular,
haciendo su entrada en esta
capital, entre los vivas
de una muchedumbre inmensa.

PAN. Es verdad, no me acordaba;
y por Dios que de la empresa
ha reportado la España
magníficas consecuencias.
CON. Pantoja siempre mordaz!
PAN. Oh! no por cierto Contreras:
Dios me libre de burlarme
de cosas que son tan serias.
España ha ganado, y mucho,
y á la vista está la prueba.
CON. Yo lo creo.
PAN. Por supuesto.
Nos envidia Europa entera.
CON. Se ha criticado á don Juan
de su genio la aspereza,
sin pararse á meditar
que quien la larga carrera
de la vida atravesó
entre el ruido de la guerra,
no puede ser tan afable,
tan blando como quisiera;
porque ignora de la corte
las fútiles etiquetas.
Si desterró á Filipinas
al célebre Valenzuela,
fué porque asi lo exijia
la tranquilidad interna
del pais. Sabeis que fué
el valido de la reina
doña Mariana; hombre audaz,
decidido, y de una estrema
sagacidad... y hombre, en fin,
que con su sola presencia
mil disturbios en el reino
sin duda escitar pudiera,
si don Juan...
PAN. No le enviase
á que la mar le sorbiera.
SIL. Fin desgraciado fué el suyo!
CON. Naufragó la carabela
que le llevaba, en el golfo
que apellidan de las Yeguas,
y pereció entre las olas
la tripulacion entera.
Mas por ventura, don Juan
los elementos gobierna?
SIL. Critiquen los descontentos
como mejor les parezca,
la nacion los compadece
y el príncipe los desprecia.
El mandar quiere energía,
vigor, decision, firmeza,
y si estas brillantes dotes
todas en don Juan se encuentran,
¿quién con mejores auspicios
puede gobernar?
PAN. Cualquiera.
SIL. Qué decis?
PAN. Lo dicho, dicho:
Madrid no es la ciudadela
de Monjuich para que altivo,
como allí, destierre, prenda
y haga degollar al que
sea contrario en ideas
á la marcha del gobierno.
CON. Es posible!
SIL. Qué blasfemia!
Que asi hableis, Pantoja, vos
que al partido de la reina
en tiempos no muy remotos
hicisteis tan cruda guerra!
PAN. Mal gobernaban aquellos,
pero estos bien mal gobiernan.
He aquí esplicado el misterio
de mi crítica severa.
CON. Sois original, Pantoja.
PAN. Sois muy cándido, Contreras.
SIL. Alguien viene.
CON. Es el marqués.
SIL. Ya es hóra.
PAN. No tiene priesa.

ESCENA II.

Dichos, el marqués de CARACENA *saliendo por la puerta de la derecha.*

SIL. Salud, don Luis Benavides.
CON. Dios guarde al de Caracena.
CARA. Y él á vosotros, amigos.
Podemos ver á su alteza,
si gustais.
CON. Cuando os agrade.
CARA. Vamos, pues.
PAN. (Y aqui comienza
de adulacion y mentiras
una de tantas escenas.)
(vanse todos por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

VALENZUELA, *sale por el foro, con peluca y barba canosa, representando en su persona y traje mas de cincuenta años de edad; mira en derredor para asegurarse de que está solo, saca un papelito muy doblado y lee pausadamente lo que sigue.*

»Tenemos que hablar, amigo,
»buscad pues vos la ocasion
»de hacerlo á satisfaccion,
»pero sin ningun testigo.»
Corriente, bien... hablaremos...
Qué querrá exigir de mí?
Quién á quién se engaña aquí?
Eso... despues lo veremos.
(entra en la cámara de don Juan.)

ESCENA IV.

DOÑA SOL *y* FLORA, *asomándose á la puerta de la derecha.*

FLOR. Ya podeis salir, señora,
sin cuidado.
SOL. Hay alguien?
FLOR. No.
SOL. Pues déjame que voy yo...
(va a la mesa y registra bajo los floreros.—Pausa.)
FLOR. La encontrais?
SOL. No hay nada, Flora.
Adversa suerte es la mia!
La carta que mas ansiaba
me falta, la que esperaba
mitigase mi agonía.
FLOR. Sin razon os apurais
y os entregais al quebranto;
que no hay causa para tanto
probaré, si me escuchais.
Cuando el público rumor

os anunció el fin terrible
de don Fernando, indecible
fué entonces vuestro dolor.
Yo le respeté, señora,
y calmar vuestros desvelos
con estériles consuelos
procuró la pobre Flora.
SOL. Yo tu cariño agradezco
y jamás le olvidaré.
FLOR. Si lo que sentí mostré,
ningun elogio merezco.
Muchos meses de tristeza
por vos, doña Sol, pasaron,
y las penas marchitaron
vuestra celestial belleza;
y al ver como el arrebol
de las mejillas perdisteis,
á veces me parecisteis
ocaso de vuestro sol.
Asi el pesar os mataba,
y cuando ningun vislumbre
de aliviar tal pesadumbre,
señora, se os presentaba,
á vuestras manos el cielo
la carta de don Fernando
hizo llegar, disipando
las dudas y el desconsuelo.
SOL. Ah! bien recuerdo aquel dia,
para mi tan venturoso!
FLOR. Hallazgo tan misterioso
ignoro yo todavia.
SOL. Oye pues: cuando salió
de Madrid la reina madre
para Toledo, mi padre
entrar aqui me vedó;
fundado, segun decia,
en que estando aquella ausente,
político ni prudente
presentarme aqui seria.
Obedecí con respeto,
de mi estancia no salí,
y pronto al olvido di
ese pasillo secreto,
que en otro tiempo cruzaba,
gozando del real favor,
cuando de dama de honor
el servicio me tocaba.
Jamás la curiosidad
á estos umbrales me trajo,
y asi cumplí sin trabajo
del marqués la voluntad:
hasta que al fin cierto dia,
en oportuna ocasion,
vine á ver de este salon
la nueva tapiceria.
Pero cuando á mi sabor
contemplaba las pinturas,
los muebles, las colgaduras,
percibo cierto rumor,
y á mis pies cae un papel,
no sé por dónde, ni cómo...
Por curiosidad le tomo
y encuentro escritas en él
estas palabras.—«El cielo *(saca un papel.)*
»por milagro me salvó,
»está tranquila, que yo
»vivo para tu consuelo.
»Término tendrá, lo espero,
»mi desgracia:—escribiré:
»las cartas colocaré
»debajo de ese florero.»
FLOR. Sé lo demas, os escribe
y yo vengo con esmero,
á sacar de ese florero
las noticias que recibe.
Por este medio sabeis,
señora, de su existencia,
y en el dolor de la ausencia
algun alivio teneis.
Y está en Madrid?
SOL. No lo sé.
Jamás, ni por incidencia,
me ha dicho su residencia.
FLOR. Es bien estraño!
SOL. Si á fé.
Mi padre no es muy su amigo,
mas esto, bien observado,
para ser tan reservado
no le autoriza conmigo.
El debe estar satisfecho
de mi amor constante y fiel,
y bien sabe que por él
tan solo late mi pecho;
luego si por energia
su suerte de mi recata,
su precaucion es ingrata
ó en mi prudencia no fia.
No obstante, me insinuaba
en una carta, que acaso
me viera pronto, y que un paso
solo de mi le apartaba.
Comprende pues el anhelo
que aqui mi planta guió,
y si fundado es ó no
mi temeroso recelo
al ver que su carta falta.
FLOR. Dejad temor tan pueril.
SOL. ¡Ay Flora! que en dudas mil
la imaginacion se exalta.
Bien sabes con cuanto afan
defendió á la reina madre,
que no le quiere mi padre,
y que el príncipe don Juan,
si entre sus manos le hubiera,
le condenára inclemente,
á que su sangre inocente
el cadalso enrojeciera.
FLOR. Por dar al dolor templanza
recobrad vuestro valor.
SOL. Es muy cobarde el amor
cuando no tiene esperanza.
FLOR. Discurro que en retirarnos
obráramos con prudencia;
puede salir su escelencia
y en esta sala encontrarnos.
SOL. Seguir tu consejo quiero.
Vamos... El cielo me alumbre
en mi triste incertidumbre...
Qué zozobra! y qué florero!
(mira tristemente al florero y vase con Flora por la puerta de la derecha.)

ESCENA V.

DON JUAN DE AUSTRIA *saliendo de su cámara, apoyado en el brazo de* VALENZUELA, *y seguido del marqués de* VILLARS, *del de* CARACENA, PEDRO CONTRERAS, PANTOJA *y* GOMEZ SILVA. *Bajan todos la escena, y*

don Juan se sienta en un sillon, con algun trabajo.

JUAN. Gracias, amigos, gran placer me causa
hoy recibir el parabien sincero
que me dais... y las muestras espresivas
de vuestra estimacion que tanto aprecio.
No te vayas, Tadeo, por si acaso
(*á Valenzuela.*)
te he menester, ¿Entiendes?
VAL. Obedezco.
(*se situa detrás del sillon de don Juan.*)
CARA. Y asi salis, señor, de vuestra cámara!
JUAN. Si, marqués, con el rey imitar quiero
la atencion que conmigo habeis usado,
y por la paz de que disfruta el reino
felicitarle... Pero estoy cansado,
y reposar aqui quiero un momento
antes de entrar.
VILL. Es justo, mas debiais
cuidar vuestra salud que es lo primero.
Estais muy débil.
JUAN. Si; pero no obstante
señor embajador, aun no me muero.
VILL. No he dicho tanto.
JUAN. Pero yo lo digo,
por si alguno en mi muerte ve sus medros.
CARA. Que tal penseis, señor!
JUAN. Si, Caracena,
hay, no lo ignoro, algunos descontentos;
y es natural, si bien hago á los muchos
inevitable mal haré á los menos....
Y digo inevitable, porque nadie
á gusto gobernó de un reino entero.
CARA. El pueblo en vos confia.
CON. Y os respeta.
PAN. (Nunca al temor se le llamó respeto.
Que torpe adulacion! —Todos iguales.)
JUAN. Solo por él trabajo, por el pueblo,
por su prosperidad me agito y lucho
y las facciones con teson enfreno.
Ademas, que la edad del rey mi hermano,
su inesperiencia y el hallarse enfermo,
la obligacion me imponen de ayudarle.
SIL. Acertar y hacer bien es su deseo,
pero sin vuestro apoyo mal pudiera
de la corona sostener el peso.
CON. Debeis cuidaros mucho, vuestra vida
es tan preciosa como puede serlo
la del rey mas querido.
VILL. Poco ó nada,
don Juan conseguirá, si con esceso
á mentales trabajos se dedica.
CARA. Esa es su enfermedad: yo considero
que algun solaz debiera dar al ánimo,
y algun reposo al fatigado cuerpo.
JUAN. Todo eso está bien dicho, amigos mios,
y yo tanto interes os agradezco...
No me miro, á Dios gracias, tan doliente
como pensais... Acércame, Tadeo, (*á Valenzuela y este lo hace.*)
á los pies el cojin... esta postura
me tiene incomodado... basta... bueno.—
Quien como yo pasó su vida entera
durmiendo armado sobre el duro suelo,
y la nieve y el sol sufrió impasible,
y del Norte pisó los duros hielos,
y un dia y otro, sin molestia alguna,
hizo sudar á su troton soberbio,
ya conoceis que puede facilmente,
en abrigado y cómodo aposento,
dedicarse al trabajo que ocasiona
lo que llaman politica los necios.
Pero hay otra razon mas poderosa
que me precisa á consagrarme entero
á los negocios; nuestro rey don Carlos
es á veces muy dócil, muy sincero,
y esta benignidad á nuestra patria
pudiera reportar males sin cuento,
si yo no vigilase á los traidores
mis fuerzas oponiendo á sus proyectos.
PAN. (Qué hipócrita!)
VILL. (Su orgullo le descubre.)
CARA. Trabajando, señor, con ese objeto,
gloria conseguireis, y los menguados
sucumbiran en su impotente esfuerzo.
CON. Oh! sin dudarlo.
JUAN. Sé que me hacen guerra
porque doña Mariana está en Toledo...
¿Y yo la desterré? Si de la corte
se retiró tomando aquel gobierno,
en mi no consistió; que en este punto
ni me he mezclado, ni mezclarme quiero.
Obró á su voluntad.
CON. Y quién lo duda?
JUAN. Grande satisfaccion, gozo supremo
á todos nos causára que la reina
aqui en palacio, como en otro tiempo,
al lado de don Carlos ostentase
sus bondades, sus gracias, sus talentos...
que al fin es reina madre y es señora
á quien mil beneficios debe el pueblo.
Mas, ¿qué quereis? Los díscolos se agitan,
y como que carecen de un pretesto
honroso para urdir viles intrigas,
dicen que es su bandera... Yo no creo
tales columnias... De su nombre abusan.
VILL. (Politico es don Juan.) Llegará un tiempo
en que sepa la reina que la engañan.
JUAN. Pero entretanto... bien esta en Toledo.
Caracena, decid á esos señores (*bajo á Caracena.*)
que con Villars y vos quedar deseo
á solas. ¿Entendeis?
CARA. Amigos mios,
pues que cumplimos ya con nuestro objeto,
podemos retirarnos, si os parece.
CON. Como gusteis, marqués.
PAN. (*á Silva.*) Aqui hay misterio...
Tal vez les estorbamos.
SIL. (*á Pantoja.*) Caviloso!
Que siempre penseis mal!
PAN Y siempre acierto.
Vereis como se queda Caracena.
CARA. Dadnos vuestro permiso, si podemos
retirarnos.
JUAN. Le doy si asi os agrada;
pero quedaos vos, que hablaros tengo.
CARA. Obedezco.
PAN. ¿Qué tal? (*á Silva.*)
SIL. Digo, Pantoja.
que conoceis muy bien este terreno;
y esto me hace pensar... desearia
hablaros, consultaros...
PAN. Aqui mesmo
despues me encontrareis.
SIL. Vendré á buscaros.
CON. A Dios, marqués. (*á Caracena.*) Señor! (*á don Juan.*)

JUAN. Que os guarde el cielo.
Vete á la estancia próxima y espera
hasta que yo te llame, buen Tadeo.
(vanse todos por el foro.)

ESCENA VI.

VILLARS, DON JUAN, CARACENA.

CARA. Solos estamos ya.
JUAN. Lo deseaba,
porque no se fingir; y, vive Cristo,
que entre mis propias frases me enredaba
y me descubro si en hablar persisto.
VILL. Sabeis, don Juan, que entre nosotros puede
haber total franqueza, pues nos liga
un interés igual; y asi sucede
que tambien al silencio nos obliga.
CARA. Nada es mas cierto.
JUAN. Solos nos hallamos,
y, como vos decis, hablar podemos;
pues hablemos, marqués... ¿En qué quedamos
de la negociacion que proponemos?
VILL: De la boda, ¿no es esto?
JUAN. Justamente.
VILL. Mi rey al casamiento no se niega
que deseais, mas quiere espresamente
que se cumpla el tratado de Nimega.
En él, como es bien público y sabido,
no se dejó mediar á la Inglaterra
y esta nacion de orgullo desmedido
á la Francia amenaza con la guerra.
Luis catorce desea antes de todo,
para burlar despues la inglesa saña,
que el tratado, en la forma, tiempo y modo
que el congreso fijó, cumpla la España.
JUAN. Memoria fiel teneis.
VILL. Como la vuestra.
JUAN. Se cumplirá el tratado, os lo prometo:
pero ya que nos vemos en palestra,
no haya entre ambos ficcion, no haya secreto...
¿Qué piensa Luis catorce de Mariana?
¿Favorece mi plan ó el suyo ayuda?
¿Protegerá á la España?
VILL. Quién lo duda!
Es su aliado y por su bien se afana.
(Tan solo hará lo que á sus miras cuadre.)
JUAN. (No me fio.) Villars, saber quisiera,
claro os lo digo, si la reina madre
por influjo de Luis vencer espera.
VILL. Francia respeta mucho á las naciones
que sus vecinas son, para mezclarse
en agenas civiles disensiones.
JUAN. Quiero decir, marqués... (le haré esplicarse.)
que no sé dó fijar mi entendimiento
y quisiera salir de esta ignorancia...
¿Cuál es de vuestro rey el pensamiento?
¿Me contraresta ó me protege Francia?
VILL. Cuestion es esa para mi espinosa,
no debo interpretar las intenciones
de mi corte...
JUAN. (Respuesta bien capciosa!)
VILL. Carezco en este punto de instruciones.
(De aqui no he de salir.)
CARA. Cosa es bien rara
que ignoreis lo que todos reconocen,
lo que en plazas y calles se declara
y hace que los facciosos se alborocen.
VILL. No entiendo...
CARA. No? Pues escuchadme atento.
De público se dice, que la Francia
estimula, proteje y presta aliento
de la reina Mariana á la arrogancia:
que Luis la escribe por conductos varios,
que sus furores y ambicion inflama,
y que entre sus ineptos partidarios
elogios y oro pródigo derrama.
Pero, qué mas? Aqui, en la misma corte
la Francia ha introducido sus espias...
Nada se acuerda, que silencio importe,
que Mariana no sepa á los dos dias;
los mayores secretos como el humo
se pierden circulando en el espacio,
como derrite de la cera el grumo
el sol desde su fúlgido palacio.
Muy poco importa que en fingida calma
en Toledo se esté... Tiempo perdido!
Alli tiene su cuerpo, aqui su alma;
alli las manos, pero aqui el oido.
Os reis?
VILL. ¿Qué he de hacer, buen Caracena,
cuando del vulgo la insolente hablilla
tanto apreciais? Por Dios que me da pena
que asi discurra un noble de Castilla.
CARA. Eso no es decir nada.
VILL. Es decir mucho.
CARA. No comprendo...
VILL. Es decir que á chanza tomo,
señor de Benavides, lo que escucho.
Pudiera hacerlo de otra suerte.
CARA. Cómo?
VILL. Por insulto á mi corte bien pudiera
tomar vuestras palabras, y en tal caso
satisfaccion cumplida os exijiera.
JUAN. Y yo os la diera sin ningun retraso.
El leon español no está dormido,
aunque ostente su faz grave y serena,
es aliento de muerte su rugido
y ¡Ay del que toque su áspera melena!
VILL. Cuando el gobierno es fuerte, no lo dudo
mas hoy que de facciones rodeado...
JUAN. No prosigais, marqués, he aqui el escudo
(llevando la mono al pecho.)
que á España en cien combates á salvado.
Fiel guardador de la corona hispana
velaré sin cesar de su decoro,
y muy poco me importan de Mariana
los partidarios, ni de Luis el oro.
Si ellos levantan su maldita frente
sentirá mi bridon el acicate,
y los arrollaré, como el torrente
débiles cañas en su curso abate.
Señor embajador, mientras yo ejerza
el mando, en nombre de mi hermano Cárlos,
apelen los rebeldes á la fuerza,
yo saldré, vive Cristo, á esterminarlos.
VILL. Si carece de leyes el Estado...
JUAN. Mientras la paz no quede asegurada,
pienso mandar como hasta aqui he mandado;
la ley de esta nacion será mi espada.
Concluyamos, marqués, del rey la boda
con Maria Luisa de Borbon, se admite?
VILL. Si.
JUAN. Condiciones.
VILL. Que se cumpla toda

de Nimega la paz.
JUAN. Qué mas?
VILL. Que habite
en la corte, en Madrid, doña Mariana.
JUAN. Tal exijencia conceder no puedo.
VILL. Pensadlo.
JUAN. Lo pensè.
VILL. Tal vez mañana
os pese que la reina esté en Toledo.
JUAN. Amenazas á mi!
VILL. Yo no amenazo,
un buen consejo, y nada mas, ofrezco.
JUAN. El consejo no admito, le rechazo;
mas la buena intencion os la agradezco.
(*irónicamente.*)
VILL. En este caso debo declararos
que el enlace...
JUAN. Acabad.
VILL. Es imposible.
JUAN. Imposible!
VILL. Tendreis que sujetaros
á la princesa de Austria.
JUAN. Preferible
la muerte encuentro á boda semejante...
Eso es vencerme, embajador, batirme;
es realizar el sueño relumbrante
de ese partido vil que quiere hundirme.
Oh! no, jamás, jamas!..
VILL. Ya presumia
que esto era contrariar vuestro deseo;
pero, en nada, don Juan, ceder podria
por qué no se afectuase este himeneo?
JUAN. Terrible posicion! Cuerpo de Cristo!
Y... no hay remedio... (*pensativo.*)
VILL. (La tormenta aplaca.)
Si no cedeis, don Cárlos...
JUAN. Está visto,
le casarán con la princesa austriaca.
VILL. Asi sucederá probablemente.
JUAN. Qué pensais, Caracena, del asunto?
CARA. Poco alcanzar, señor, puede mi mente
para fallar en tan difícil punto,
pero estoy por ceder; mas vale al cabo
dar la parte, por no perder el todo,
que ser del Austria despreciable esclavo
y ocultar nuestras frentes en el lodo.
El rey, bien lo sabeis, para su esposa
á María Luisa de Borbon prefiere;
dadle gusto, señor, y no habrá cosa
que vuestro influjo poderoso altere.
VILL. ¿Qué resolveis, don Juan?
JUAN. Lo que antes dije.
VILL. Fatal obcecacion!
JUAN. Ceder no puedo;
es por demas lo que de mi se exije...
no ha de salir Mariana de Toledo.
Esa muger contrasta mi destino,
quiere eclipsar la estrella de mi suerte,
y ya que se atraviesa en mi camino
entre los dos decidirá la muerte.
VILL. La nacion sufrirá males sin cuento...
JUAN. Sufra pues la nacion.
VILL. Vuestra privanza
tal vez concluya por tan loco intento...
JUAN. Concluirá mi poder con mi venganza.
VILL. Vais á ofender de Cárlos el cariño...
JUAN. Conseguireis al fin que yo me aburra.
¿Qué entiende de política ese niño?
Las gracias me dará cuando discurra.
VILL. Pero...
JUAN. Acabemos; basta de objeciones.
Como mas le convenga obre la Francia,
mas sin investigar mis intenciones.
He dicho.
VILL. (Qué selvática arrogancia!)
JUAN. Vamos. (*á Caracena.*)
CARA. Cuando gusteis. (*dándole el brazo.*)
JUAN. El cielo os guarde.
VILL. Y á vos, don Juan. (La fuerza que has perdido
con esa terquedad sabrás mas tarde...
Por la reina Mariana me decido.)
(*levantase don Juan, y apoyado en el brazo de Caracena entra en la cámara del rey.*)

ESCENA VII.

VILLARS.

Terrible es don Juan, agreste,
no le convencen razones,
y á su fin, á su ruina
marcha con pasos veloces.
El selo quiere, paciencia...
Obedecer á mi corte
es mi obligacion primera,
y pienso no anduve torpe
en la intriga... Si se enzarzan
los partidos, si hay desórden,
si arde la guerra civil....
no dirá el buen Luis catorce
que no le he servido.—Voy,
voy á decir á mi corte
lo que pasa, y á pedir
terminantes instrucciones.
(*sientase á una mesa y escribe.*)
»Tambien conviene
»que algun pueblo se alborote
»contra el príncipe,— las tropas
»pocas y están en desórden.—
»Oportuno tambien juzgo
»que el Luxemburgo se tome
»á toda costa.—Don Juan
»es feroz, no reconoce
»límite alguno su orgullo;—
»convendrá que se le dome;—
»dad cuenta á su magestad
»y remitidme instrucciones.»

ESCENA VIII.

VILLARS, *escribiendo, y* VALENZUELA *aparece por la puerta del foro.*

VAL. (Está escribiendo.)
VILL. (Acabé.) (*cerrando el pliego.*)
VAL. Marqués!
VILL. Quién me llama?
VAL. Yo.
VILL. Nos observa alguno?
VAL. No.
VILL. Estais seguro?
VAL. Si á fé!
Vuestro billete leí
y de su objeto enterado,
he venido de contado
á que dispongais de mí.
VILL. Qué hay de don Juan?
VAL. Poca cosa,

lo de siempre; enfermo sigue
y dia y noche le persigue
alguna idea angustiosa
que le atormenta y le agita,
pues á su mal, á su tedio,
no se encuentra ya remedio.
Su cuerpo se debilita,
su mente se desvanece,
y en algunas ocasiones,
por sus estrañas acciones,
un demente me parece.
VILL. Su enfermedad nos ayuda,
con maña la aumentaremos...
aunque ya poco debemos
temer su influjo.
VAL. Sin duda.
VILL. Y la reina?
VAL. Está corriente.
VILL. Cede ya en sus pretensiones?..
VAL. Cede.
VILL. En las negociaciones
consiente por fin?
VAL. Consiente.
Sus amigos nada harán
para provocar la lid,
siempre que vuelva á Madrid
y se destierre á don Juan.
VILL. Muy fuerte es la condicion!..
VAL. Pues piensa que es poca cosa
si á Cárlos dais por esposa
á María Luisa Borbon.
VILL. Yo tal vez podré alcanzar
que á la corte dé la vuelta,
pero temo una revuelta
muy seria, si á sospechar
el pueblo llega algun dia
que al guerrero victorioso,
que aseguró su reposo,
desterrado se le envia.
Don Juan tiene mil parciales
que nos podrán dar qué hacer...
VAL. Mariana sabe volver
los franceses, imperiales.
Es juego de toma y daca...
Deje la corte don Juan,
y se acabó nuestro afan
por la boda con la austriaca.
VILL. Si hubiese un medio capaz...
VAL. Mi talento no le alcanza.
Todo menos la privanza
de ese soldado procaz.
Mariana á la paz propende,
sus amigos cederemos,
á todo nos avendremos,
menos á don Juan, se entiende.
VILL. Y si no fuese posible
que abandonase esta tierra,
¿movierais al rey la guerra?
VAL. Estremo fuera sensible...
Pero aun cuando se opusiera
la reina, que se opondria,
su partido lucharia
y la guerra sostuviera.
VILL. (¡Magnifico!) Yo no puedo
en ese plan consentir.
VAL. Mas podeis hacer salir
á la reina de Toledo.
VILL. Tal vez...
VAL. Y si eso podeis,
por qué á Cárlos no indicais
que salga don Juan?
VILL. Tocais
un punto que no entendeis.
Acaso indirectamente
puedo apoyar vuestro plan,
mas desterrar á don Juan
mi corte no lo consiente.
VAL. Es decir, en conclusion,
que vos, por distintos modos,
estais jugando con todos,
dando y quitando razon.
Por cierto señor marqués,
que es un poco sucio el juego!
VILL. Sed ahora prudente, os ruego,
para juzgarme despues.
En política es frecuente
saber hacer la desecha,
y apuntar á la derecha
para herir mejor al frente.
Sois, vive Dios, muy novicio
en esto de conspirar..!
Teneis mucho que estudiar
para aprender el oficio.
VAL. No diré que no... Esa maña,
ese talento engañoso,
podrá ser muy provechoso;
pero se ignora en España.
Sus hijos jamás fingieron,
veraces, francos, esplícitos,
sus gustos buenos ó ilícitos
siempre en alta voz dijeron.
De la verdad el camino
tan solo se sabe aquí...
¿Qué quereis?.. Somos asi,
el pan, pan; y el vino, vino.
VILL. En una contradiccion
hais incurrido, Tadeo,
pues vos, segun lo que veo,
obrais aquí con ficcion.
Vos vinisteis á espiar
al príncipe noche y dia...
VAL. La reina asi lo exijia,
y no quiero hacerme ahorcar.
VILL. Pero confesad sincero
que fingis con propiedad...
VAL. Esta es una habilidad
que aprendí en el estrangero.
VILL. Conque no nos arreglamos?
VAL. En vos consiste.
VILL. Eso no,
la culpa no tendré yo
si la ocasion malogramos.
La reina madre... vendrá,
resueltamente lo digo;
respecto al príncipe, amigo;
poco mi influjo valdrá.
VAL. Pues sin esa condicion
no puedo empeñarme á nada.
Habrá lucha y obstinada...
VILL. Tan fácil es la esplosion?..
VAL. Tan fácil, que á duras penas
podemos ya refrenar
el ímpetu popular,
mal sujeto entre cadenas.
Y una palabra, una voz,
un gesto que mal se aplique,
hará que se rompa el dique
de ese torrente feroz.

Y en aquel terrible dia,
de cólera el pueblo lleno,
¿Quién podrá ponerle freno?
¿Quién domará la anarquia?
Tan atroz calamidad
evitar con la prudencia,
es un deber de conciencia,
un deber de humanidad...
Esto solo hacerlo pueden
los que mandan... Vos tambien...

VILL. Yo!

VAL. Si se les trata bien
los pueblos oyen y ceden.

VILL. (Cada vez mas me confunde
el lenguage de este hombre!..
Hasta su modesto nombre
serias sospechas me infunde.)

VAL. Pensativo estais.

VILL. Si á fé.
Pienso en lo que vos decis,
siento lo que vos sentis,
y á que atenerme no sé.
Hasta comienzo á dudar
que tengais tanta influencia
como parece.

VAL. Vuecencia
sabe como debe obrar:
sabe que me ha de tener
constantemente á su lado,
y en todo lance apurado
consultar mi parecer.

VILL. Mi rey asi lo mandó
en los pliegos que tragisteis,
y desde entonces ya visteis
como me conduzco yo.
Y esta recomendacion
tan secreta como estraña,
me hace pensar que en España
sois hombre de elevacion;
aunque, para oculto plan
disfrazado con librea,
seais para quien os vea
doméstico de don Juan.

VAL. El, por vos, me dió esta plaza.

VILL. Asi lo quiso mi rey,
y obedecer es mi ley...
Pero vos no teneis traza
de ser un hombre vulgar.

VAL. Tal vez...

VILL. ¿Acerté?

VAL. Marqués,
dejemos esto, que es
larga historia de contar.

VILL. En mi prudencia no creo
que teneis gran confianza.

VAL. Oh! muchísima!

VILL. Eso es chanza.
Ni aun sé quien sois...

VAL. Soy... Tadeo.

VILL. Ya!

VAL. Pues.

VILL. No sois tan novicio
como pensé en conspirar.

VAL. Pues aun tengo que estudiar
para aprender el oficio.

VILL. En el negocio pensad
que está nuestra suerte puesta.

VAL. Pensaré y daré respuesta.

VILL. Encargo la brevedad.

VAL. Descuidad. A Dios, marqués.

VILL. El os guarde, cual deseo.
(Buena pieza es el Tadeo!)

VAL. (Linda alhaja es el francés!)

(vase Villars por el foro y Valenzuela por la segunda puerta de la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES DE LICHE, EL DUQUE DE MEDINACELI y VILLARS.—*A su tiempo aparece* VALENZUELA.

MEDI. Mucho me admira, marques.

LICHE. Ah! Pues lo sé bien de cierto,
ya es voz muy autorizada,
otra cosa no habla el pueblo.

VILL. Liche, es una atrocidad!

LICHE. Inaudita... y aun por eso
nos hallamos en el caso
de desmentir con empeño
esa conseja ridicula
que tiende á nuestro descrédito.

MEDI. Y dan pormenores?

LICHE. No:
dicen solo que el progreso
de la enfermedad del príncipe
se debe á nuestros manejos;
que por deshacernos de él
lento y terrible veneno
le hemos dado... porque, añaden,
en cuanto don Juan sea muerto,
entre si deben partirse
los honores y el gobierno.

MEDI. Infames!

VILL. Tranquilizaos,
despreciad esos dicterios
que en el inocente vulgo
esparcen los descontentos,
para formarse partido
y alcanzar mejor sus medros.
Los revoltosos de oficio
apelan á los denuestos,
á la intriga, á la calumnia
para llegar á su objeto,
y si consiguen fijar
la atencion, su triunfo es cierto.
No contesteis á sus voces,
que es darles merecimiento;
y á esos reptiles inmundos
les mata solo el desprecio.

LICHE. ¿Sabeis como está don Juan?

MEDI. Como siempre; sigue enfermo
y tan vilioso y feroz
como de costumbre.

LICHE. Eso
no es novedad; yo pregunto
si piensa con su proyecto
seguir adelante.

VILL. Yo
mil reflexiones le he hecho
acerca de la politica
con que gobierna estos reinos,
y únicamente he logrado
que dé su consentimiento

para que la reina madre
regrese de su destierro.
LICHE. Ya es algo... Pero decidnos
de esa concesion el precio.
VILL. Exige absolutamente
que la reina y sus prosélitos,
en cuanto al real matrimonio
desistan de sus proyectos.
LICHE. Teme al Austria, bien se vé;
porque comprende de cierto,
que unida aquella potencia
por los lazos de himeneo
á la España, él perderá
su omnimodo valimiento,
y le hará espiar Mariana
la afrenta que está sufriendo.
Pero se engaña, pardiez!
Aun alienta en nuestros pechos
el corazon varonil
de nuestros nobles abuelos,
aun queda sangre española
dispuesta á verterse á tiempo,
tanto en defensa del rey,
como en defensa del pueblo.
Hartos estamos de injurias,
hartos de sus desafueros,
hartos de ser el juguete
de ese bastardo soberbio.
Con su absoluto poder,
decid, señores, ¿qué ha hecho?
Avivar la insurreccion
de Cataluña, dar fuego
al Portugal, dar á Francia
influencia, valimiento...
VILL. Yo os diré... (*interrumpiéndole.*)
LICHE. Disimulad, (*lo mismo.*)
marqués, lo que digo siento,
y juzgo que no me engaño;
don Juan es de Francia siervo,
y á la voz de Luis catorce
obedece mudo y ciego.
Y aunque susceptible fuera
de disculpa este defecto,
¿lo es por ventura el encono
con que persigue frenético,
á los que á la reina madre
noblemente defendieron?
¿Asi se ganan amigos?
¿Se adquieren asi prosélitos?
¿Es proceder como honrado,
es accion de caballero,
el encerrar á Mariana
en los muros de Toledo,
dándola, como por mofa,
aquel inútil gobierno?
Quien asi, marqués, se porta,
es mas que malvado, necio;
y quien venga en una dama
su político despecho,
ni es noble, ni es español;
que aqui por regla tenemos,
lidiar con hombres barbados,
rendirnos al bello sexo.
VILL. Es decir, don Luis de Haro,
que sois partidario acérrimo
del Austria.
LICHE. En este negocio.
Entendeis...?
VILL. Pues os advierto,
para que os sirva de norma,
que sobre el enlace régio,
cuanto intenteis, cuanto hagais,
no es mas que perder el tiempo.
MEDI. Pues qué, consiente Mariana?
VILL. Consiente.
LICHE. Es posible!
VILL. Es cierto,
no lo dudeis; tengo pruebas
de que se aviene á este arreglo.
LICHE. Y si regresa la reina
á Madrid, ¿del ministerio
saldrá don Juan?
VILL. Me parece
que no se ha tratado de eso.
LICHE. No? Pues entonces os juro
que sabré poner en juego
mis relaciones, mi influjo,
para que aborte un proyecto
del que ninguna ventaja,
marqués, esperar podemos.
MEDI. No os acaloreis, don Luis,
moderad ese ardor ciego,
que puede comprometer
á la reina y á los nuestros.
El coloso ha de caer
solo por su propio peso.
LICHE. Por qué?
MEDI. Que tal pregunteis!
Si en medio de un llano inmenso
se elevase una pirámide
combatida por los vientos,
y en su cúspide quisiera
fijar un hombre su asiento,
al verle caer, ¿dudárais
quién pudo arrojarlo al suelo?
Su posicion, su locura,
su gravedad, su aislamiento.
LICHE. Discurris, Medinaceli,
grandemente, lo confieso:
mas no tiene aplicacion
en este caso...
MEDI. Silencio!
Alguien viene.
(*sale Valenzuela por el foro y se entretiene por la escena, procurando oir la conversacion.*)
VILL. No hay cuidado.
LICHE. Quién es?
MEDI. El ugier Tadeo,
el hombre de confianza
del principe...
VILL. Es un doméstico
inofensivo.
MEDI. Será
como decis, pero temo...
LICHE. Bien dicho. En otra ocasion
el coloquio seguiremos.
VILL. Como gusteis.
MEDI. Dios os guarde.
VILL. Acompañaros deseo,
pues yo tambien me retiro,
si lo permitis.
MEDI. En ello
nos honrareis por demas.
LICHE. Pasad. (*á Villars, en la puerta del foro.*)
VILL. Vos.
LICHE. No lo consiento.
(*vanse todos por el foro, tomando la delantera el embajador de Francia.*)

ESCENA II.

VALENZUELA.

Estraña suerte es, vive Dios, la mia.
Quién soy? Qué valgo yo? Qué represento?
Soy un proscrito—nada valgo boy dia—
represento el papel de infame espia...
Y no obstante el honor me presta aliento.
Favores hay que matan, distinciones
que hacen al hombre hollar de honor las leyes...
Hay momentos de prueba, hay ocasiones
en que, por gratitud, nobles varones
se rinden al capricho de los reyes.
Mas esta posicion triste, azarosa,
es un deber de honor, si bien se esplica...
Mariana fué conmigo generosa...
Mucho puede una dama, si es hermosa!
Mucho puede una reina, si suplica!
Pero tambien en mi fatal empleo
suele alivio encontrar el pecho herido...
Si no puedo alcanzar cuanto deseo,
alguna vez á mi adorada veo
y de su dulce voz oigo el sonido.
Pues bien: valor! Los fuertes corazones
no ceden al rigor de las desgracias:
el cielo premiará mis intenciones...
Patria y amor dirigen mis acciones,
patria y amor, tal vez, me darán gracias.
(*saca un papel y va á colocarle debajo de uno de los floreros, en cuyo momento aparece Gomez Silva.*)

ESCENA III.

VALENZUELA y GOMEZ SILVA.

SIL. Dios guarde al señor Tadeo.
VAL. Y él á vos.
SIL. Qué se hace?
VAL. Nada;
los adornos de esta mesa
por divertirme arreglaba.
SIL. Muy bien... Hombre, este florero
no conserva la distancia
conveniente, separadle
á la izquierda media cuarta...
VAL. Si está bien.
SIL. Qué disparate!
Yo le pondré. (*queriendo colocar el florero.*)
VAL. (*conteniéndole.*) Eso faltaba,
que vos os incomodaseis
cuando yo...
SIL. Si á mi me agradan
estas cosas.
VAL. ¿Os han hecho
por ventura maestresala?
Dejadme. (El diablo te lleve.)
SIL. Buen viejo, ¿os picais?
VAL. Me enfada
que otro haga mi obligacion.
SIL. (Vaya un enfado! Aqui hay maula.)
Dejadme...
VAL. Ya está bien puesto.
SIL. (Ola! Qué miro? Una carta!
Disimulemos.) Decid,
¿habeis visto en esta sala
al caballero Pantoja?
VAL. No señor.
SIL. Pues le esperaba.
VAL. Pues no ha venido.
SIL. Ya entiendo.
Y no sabeis?...
VAL. No sé nada.
(Preguntón el hombre viene.)
SIL. (Viejo es de poca cachaza.)
Os vais?
VAL. ¿Teneis que mandarme?
SIL. No por cierto. (Vaya en gracia
y no vuelva... Asi veré
lo que contiene la carta.)
(*váse Valenzuela por el foro.*)

ESCENA IV.

GOMEZ SILVA.

Gracias á Dios que se fué!
La impaciencia me mataba...
Tengo gran curiosidad
de ver qué secretos guarda
ese papel... Gente viene...
y es Pantoja... Le esperaba,
pero ahora doy á los diablos
su inoportuna llegada.
Voy á decirle.... mas, no,
aguardaré á que se vaya;
aclarar solo el misterio
puede que cuenta me traiga.

ESCENA V.

GOMEZ SILVA y PANTOJA, *por el foro.*

PAN. Ya estais aqui? Vive Dios
que sois esacto y puntual
en vuestras citas.
SIL. No tal;
soy tan puntual como vos.
PAN. Estamos solos, podeis
vuestra consulta empezar;
dispuesto estoy á escuchar
cuanto decirme gusteis.
Y aunque no alcanza muy lejos
mi talento, probaré
si en vuestras dudas podré
daros algunos consejos.
Empezad, pues.
SIL. Lo primero
que quiere saber mi afan,
es si morirá don Juan.
PAN. No soy santo, ni hechicero:
pero, ¿quién en la jornada,
que con disgusto profundo
ha de hacer por este mundo,
tiene la vida comprada?
SIL. Si á chanza tomais la cosa,
escusado es el hablar.
PAN. Y qué os he de contestar
á pregunta tan donosa?
SIL. Don Juan está enfermo...
PAN. Bien,
y tal vez al dar un paso
muera; ó viva mas, acaso,
que el mismo Matusalen.
SIL. Pues corriente, prescindamos
de esta cuestion, y tratemos
de lo que actualmente vemos,
los que palacio pisamos.

(Valenzuela aparece en el foro, oye los cuatro siguientes versos y se retira.)

Yo estoy muy comprometido,
porque defiendo á don Juan,
y al mismo tiempo en el plan
de la reina me han metido:
y no sé como salir
de este oscuro laberinto,
ni soy blanco, ni soy tinto.

PAN. Debeis ver, callar y oir.
Esta es la marcha prudente,
Silva, que habeis de adoptar;
y sobre todo cuidar
de no ir contra la corriente.
Hasta de los mas amigos
recatad vuestra opinion,
y prestad con discrecion
apoyo á los enemigos.
Que estos ocultos favores
hechos á tiempo y con tino,
facilitan el camino
de unirse á los vencedores.
La politica es un juego
de la gente cortesana,
donde el mas fullero gana
lo que pierde el torpe y lego.
Los partidos, en rigor,
no merecen servidores;
y si todos son peores,
el que triunfa es el mejor.

SIL. Os burlais?

PAN. No, por mi fé.
Os digo la verdad pura.

SIL. Sin embargo, es cosa dura
faltar al principe...

PAN. Y qué?
El marqués de Liche, ese hombre
hoy tan amante del trono,
que con reverente tono
siempre pronuncia su nombre,
no hace mucho detestaba
la magestad que hoy invoca,
y era de injurias su boca
un torrente cuando hablaba.
Furioso por no alcanzar
de su padre los honores,
proyectaron sus rencores
al monarca asesinar;
y bajo del coliseo
hizo una mina, de suerte
que el rey pudo hallar la muerte
donde buscaba el recreo.
Paréceme que este intento
olvidarse no debiera,
aunque el marqués prometiera
sincero arrepentimiento.
Pues, con mengua de la ley,
hoy tiene honores, grandeza,
y dice que su cabeza
es propiedad de sû rey.
Caracena es otro tal,
adulador, intrigante,
de caracter dominante
y orgulloso sin igual.
Por hacerse el necesario
fué contra los portugueses,
y solo alcanzó reveses
en su empeño temerario.
De su arrogancia ambiciosa
otro fruto no sacó,
que el polbo que recogió
huyendo en Villaviciosa,
donde cuatro mil soldados
perdió, catorce cañones,
el bagage y municiones,
y dejó mil rezagados.
Estos los titulos son,
las glorias de Caracena;
mas él con frente serena
deja á la murmuracion
que critique cuanto pueda,
á su sabor y sin tasa;
porque la critica pasa
y el provecho en casa queda.
Contreras, Velez, Barrientos,
Ruiz, Sandoval y Granados
son unos pobres menguados,
ó mas bien unos hambrientos
que hoy adulan á don Juan
por comer, y que mañana
adularán á Mariana;
su opinion no es mas que pan.
Ya veis que entre gente tal
si la echais de escrupuloso,
constante y pundonoroso,
habeis de parecer mal.
Qué! ¿Dudais?

SIL. Y vos, Panloja,
¿cómo no poneis en práctica
toda esa sublime táctica?

PAN. Porque me enfada, me enoja
hasta el ruido de la corte;
y porque, aunque entiendo bien
las cosas, este belen
no es para hombres de mi porte.
Figurára si quisiera,
pero, ¿qué he de ambicionar?
¿Mas riquezas me han de dar
que tengo yo en Antequera?

SIL. Dichoso vos!

PAN. Muy dichoso,
pues que consigo vivir
sin verme espuesto á servir
de juguete á un poderoso.

SIL. Seguiré vuestros consejos.

PAN. Bien hareis.

SIL. Y tendré cuenta
para evitar la tormenta
cuando llegue...

PAN. No está lejos.
Venis?

SIL. Aguardo á un amigo;
si otra cosa no mandais...

PAN. No por cierto: vos estais
siempre cumplido conmigo.
(vase por el foro.)

ESCENA VI.

GOMEZ SILVA.

Dice bien; para medrar
en las cortes es forzoso
ser muy poco escrupuloso,
y saber disimular.
Si yo consigo ganar
con uno y otro partido,
mis afanes se han cumplido;

y si tan mísero soy
que me quedo como estoy,
maldito lo que he perdido.
Mas ahora que ya se fué
mi consejero juicioso,
de ese papel misterioso
el secreto aclararé.
¿Qué podrá ser? Lo veré,
y si llego á sospechar
que es cosa que pueda dar
influencia ó valimiento,
se lo revelo al momento
á quien lo pueda pagar.

ESCENA VII.

GOMEZ SILVA Y VALENZUELA.

(*Silva va hácia la mesa donde estan los floreros y saca la carta. Valenzuela, que le ha observado desde el foro, se coloca detrás de él y se dispone á quitársela.*)

SIL. No me equivocaba yo,
es la misma, vive Cristo!
Pues que ninguno me ha visto
he de enterarme...

VAL. Eso no. (*le arrebata la carta.*)

SIL. ¿Quién es el audaz! (*sorprendido.*)

VAL. Tadeo.

SIL. ¿Y quién tamaña violencia,
tan inaudita insolencia
puede autorizar?

VAL. Mi empleo.

SIL. Osado sois, vive Dios,
pero os sabré castigar.

VAL. Porque no os dejo tomar
cosa que no es para vos?

SIL. Y es vuestra acaso?

VAL. Os diré...
No es mia, pero tampoco
os pertenece.

SIL. O sois loco,
ó qué sospechar no sé.
Nadie tal atrevimiento
con Gomez Silva ha tenido.

VAL. Si mi accion os ha ofendido
culpad solo á vuestro intento.
He obrado como debia.

SIL. Como villano...

VAL. Y es llano,
que no ha de obrar el villano
mejor que vueseñoria.
Pues cuando vos olvidais
lo que á vos mismo os debeis,
en el trance me poneis
de faltar, cual vos faltais.

SIL. Tenga en cuenta el viejó loco
que está sola la antesala.

VAL. No hagais del desprecio gala,
porque me importa muy poco

SIL. Al príncipe enteraré
de tu infame demasía.

VAL. Decidlo, por vida mia;
yo tambien se lo diré.
Ya que por maña he vencido
quiero vencer por razon,
y haceros ver la intencion
que en este asunto he tenido.
Este papel misterioso
que cogisteis con afan.
es secreto en que don Juan
cifra su suerte y reposo.
Y vos, siendo tan su amigo,
jamás debisteis querer
sus secretos sorprender,
cual pudiera un enemigo.

SIL. Su alteza no se ofendiera
pues sabe mi lealtad.

VAL. Punto es ese que en verdad
cuestionarse bien pudiera.

SIL. ¿Qué osais decir?

VAL. Que no puedo
considerar muy leal,
al que trato criminal
tiene con los de Toledo:
al que al príncipe defiende
por una ambicion liviana,
y con la reina Mariana
allá en secreto se entiende:
al que adula á dos partidos
por la esperanza del oro,
y al que sin fé, sin decoro,
busca... sus bienes perdidos.

SIL. Cielos! (*desconcertado.*)

VAL. Os turbais? No gusto
de estas escenas... Marchad
con Dios, y disimulad
mi proceder algo adusto.

SIL. (Qué hombre es este! Aqui hay misterio.)

VAL. Sed, Gomez Silva, prudente,
mientras que don Juan caliente
la silla del ministerio.

SIL. (El diablo es, asi lo creo.)
Voyme pues, porque es forzoso...
Pero, viejo misterioso,
decidme, ¿quién sois?

VAL. Tadeo..

SIL. (Este enigma he de aclarar,
aunque arriesgue la cabeza.
El ofendió mi nobleza,
mas yo me sabré vengar.)
(*vase por el foro.*)

ESCENA VIII.

VALENZUELA.

Suerte desgraciada mia,
¿qué quieres de mi? ¿qué intentas?
que ni peligros te bastan
ni te satisfacen penas!
Hoy he podido perderme
por la fatal imprudencia
de dejar abandonada
esa carta... No creyera
que la hubiese visto... En fin,
valióme la estratagema
de decirle que era cosa
del príncipe... mas la fuerza
que he tenido que emplear
para arrancársela, esa
no me la perdonará;
y si á su venganza encuentra
ocasion... Pero alguien abre,
si no me engaño, esa puerta...
Es ella! Ya retirarme
no es posible... Amor, prudencia!

ESCENA IX.

VALENZUELA, *y doña* SOL *hablando á* FLORA *en la puerta de la derecha, dando la espalda á aquel, á quien no ve hasta el momento que lo indica el diálogo.*

SOL. Ten cuenta, Flora.
FLOR. Muy bien.
Su Excelencia está ocupado,
y pienso que no hay cuidado.
SOL. Si acaso, al instante ven. (*vase Flora.*)
Ah! (*sorprendida al ver á Valenzuela.*)
VAL. (Qué hermosa!)
SOL. Yo venia... (*turbada.*)
porque mi padre un papel
olvidó...
VAL. Venis por él?
Tomele vueseñoria.
(¿Quién tan celeste hermosura
podrá impasible mirar?)
Está? (*á Sol, que anda registrando bajo los floreros.*)
SOL. No le puedo hallar
VAL. Pues lo siento.
SOL. Suerte dura!
VAL. Tanto os importa?
SOL. Si á fé:
acaso mas que pensais.
VAL. Poco afortunada estais.
SOL. Nunca propicia me fué
la fortuna.
VAL. (He de dejarla
entregada á su afliccion,
cuando sin esposicion
puedo y debo consolarla?)
No estraño se haya perdido
ese papel, pues aqui
debe haber duendes... A mi
lo propio me ha sucedido.
De cierto amigo emigrado,
á quien aprecio sincèro,
puse allí, bajo el florero,
una carta, y la han tomado.
SOL. Cielos! Emigrado?
VAL. Si.
SOL. Y es vuestro amigo? (*con mucho interes.*)
VAL. El mejor.
SOL. Y os confia?..
VAL. Hasta su amor.
SOL. Sabeis de èl?
VAL. Como de mi.
SOL. Su nombre...
VAL. Callarlo debo.
SOL. Y dónde está? (*muy agitada.*)
VAL. No lo sé.
SOL. Se acuerda de mi?
VAL. Si á fé.
SOL. Quiero verle...
VAL. No me atrevo.
SOL. Pero, es Fernando?
VAL. Fernando.
(Mal mi prudencia resiste.)
SOL. Oh! Si me viera tan triste,
y como por él penando
consumo la vida mia,
aliviára mi quebranto,
y por enjugar mi llanto
á todo se arriesgaria.
VAL. No lo dudo, porque os ama.
SOL. Es cierto?
VAL. Asi me lo dijo.
SOL. Su recuerdo vive fijo
en el pecho de su dama.
Pero, dónde, dónde está?
No tan cruel querais ser
con una pobre muger,
que á perder el juicio vá.
Por piedad!.. Hecho pedazos
teneis ya mi corazon!..
Dó está?
VAL. (Venció mi pasion.)
Bella Sol, está en tus brazos!
(*quiere abrazarla y Sol le rechaza sorprendida.*)
SOL. Cielos!
VAL. Yo soy.
SOL. Desvario!
VAL. Soy tu Fernando, tu amante...
SOL. Esa voz! Ese semblante...
No hay duda... Fernando mio! (*se abrazan.*)
VAL. Ten prudencia, ó nos perdemos.
SOL. Al fin te vuelvo á encontrar!
Al fin podremos hablar
del amor que nos tenemos.
Qué gozo!
VAL. Si, vida mia,
desde hoy unidos los dos...
Pero, ¿qué tienes? Gran Dios!
(*á Sol que se apoya en su brazo casi desvanecida.*)
SOL. Ah! Me mata la alegria!
VAL. (Que compromiso!) Modera
esa pasion que te inflama.
SOL. Fernando, aunque yo quisiera,
mal se reprime quien ama.
Pero, cómo te has salvado?
¿Por qué vistes ese trage?
VAL. Ya sabes mi triste viage
y por qué fui desterrado
á Filipinas. Mi suerte
no quiso que allá arribase,
sin que otro dolor probase
mas horroroso, mas fuerte.
Imprevista tempestad
nuestro bajel arrastró,
y á otro rumbo le lanzó
con rauda celeridad.
El sol entre densa bruma
su luz nitida velaba,
y el mar sus ondas alzaba
entre festones de espuma.
De las nubes el licor
en torrentes descendia,
y en lontananza se oia
de los truenos el fragor.
En medio de la tormenta
el rayo en el cielo brilla,
arde la jarcia, y la quilla
en las arenas se asienta.
En tan triste situacion,
marineros y soldados
esfuerzos desesperados
hacen por su salvacion...
pero inutilmente: el viento
el incendio propagó,
y ninguno se salvó.
Yo en el liquido elemento
y asido á un leño, luché

contra las angustias mias
por espacio de dos dias...
SOL. Qué horror!
VAL. Por fin me salvé.
Un buque me divisó,
cuando ya mi fuerza inerte
iba á entregarme á la muerte,
y á bordo me recogió.
SOL. Y despues?
VAL. A Francia fui;
y sin perder un momento
de mi riesgo y salvamento
noticia á la reina di.
Esta me recomendó
á un ilustre personage,
quien al saber mi linage
al rey Luis me presentó;
y en secreta conferencia
se me dió una comision
de interés, de esposicion,
y de grave trascendencia;
que es menester relaciones
con Francia y su embajador
y de Mariana mejor
dirigir las intenciones.
Al embajador francés
orden de su rey le trage,
para que unido trabaje
conmigo; de suerte que es,
en este raro negocio,
quien hace peor papel;
pues yo le conozco á él
y él no conoce á su socio.
SOL. Y si don Juan...?
VAL. Mi persona
tambien le es desconocida,
pues no me ha visto en su vida.
El estaba en Barcelona
cuando yo aqui figuraba...
Si despues me persiguió
fue por mi apellido, no
porque yo le molestaba.
SOL. Ah! Fernando, ahora comprendo
lo bien que haces en vivir
oculto, sin descubrir
quién eres. Todo lo entiendo.
Pero, ¿por qué no abandonas
esos negocios politicos?
¿Por qué tantos riesgos criticos
en torno de ti eslabonas?
¿No fuera mejor, Fernando,
que no espusieras tu vida,
que es para mi tan querida,
viviendo en reposo blando?
VAL. No es posible.
SOL. Y aun dirás
que me quieres, cuando asi
te arriesgas, y no es por mi!
No me has amado jamás!
Yo para vivir contigo
cediera de buena gana
esta pompa inútil, vana,
con que me abrumo y fatigo.
Y allá en un rincon de España
tuvieran nuestros amores,
por aliciente las flores,
por palacio una cabaña.
Y cuando sin pena alguna
sentados entre el tomillo,
su dulce rayo amarillo
fuese estendiendo la luna,
en amorosas querellas
pasáramos la velada,
viendo en la esfera azulada
reverberar las estrellas.
Y el céfiro voluptuoso
nos tragera del vergel,
de la rosa y el clavel
el aroma delicioso...
y viviéramos gozando
sin temor alguno alli,
yo tan solo para ti,
y tú para mi, Fernando.
¿No fuera hermosa esta vida?
La imaginas tú mas bella?
VAL. No, mas me niega mi estrella
felicidad tan cumplida.
Bella es la aurora al nacer
y el sol en el occidente,
bella la flor, si el ambiente
la hace en su tallo mecer;
y la estrella fulgorosa,
si en medio de noche umbria
su rayo de luz envia
sobre la mar procelosa.
La naturaleza es bella
en todo cuanto ha creado,
mas, ¿qué valen á tu lado
aurora, sol, flor y estrella?

ESCENA X.

Dichos y FLORA *que entra precipitadamente.*

FLOR. Señora, señora!
SOL. Qué?
FLOR. Aqui viene su escelencia,
retiraos.
VAL. Imprudencia
fuera quedarte.
SOL. Lo sé.
VAL. A Dios, Sol.
SOL. A Dios, Fernando.
VAL. Volverás?
SOL. Lo intentaré,
pero no sé si podré.
FLOR. El tiempo se vá pasando
y el marqués puede llegar.
SOL. A Dios!
FLOR. ¿Volvemos al tema?
SOL. No acierto...
FLOR. (¡Jesus, que flema!)
SOL. Vamos pues.
FLOR. Sin vacilar.
(*vanse las dos por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XI.

VALENZUELA, *despues* CARACENA *saliendo de su habitacion con un papel en la mano.*

VAL. El secreto de mi vida
he descubierto, y pardiez
que no sé si anduve cuerdo
en ello; pues la muger
no tiene tanta reserva
como fuera menester.
Pero aqui el marqués se acerca...
Fernando, volvamos pues

á representar de nuevo
nuestro mísero papel.
(*vase al foro donde queda paseando lentamente.*)

CARA. Tienen razon mis amigos,
fuerte compromiso es,
y yo debo prepararme
para no arruinarme en él.
(*leyendo la carta.*)
Qué diablo! Esto bien se dice,
pero de decir á hacer
hay muy notable distancia...
Si falto al príncipe... bien,
puedo ganar; mas si luego
él logra prevalecer
me he perdido... Es mas seguro
serle todavía fiel.
Quiere que estalle en Toledo
un motin, y que le den
vivas; y contra la reina
el populacho soez
se desate... Consecuencias
terribles puede traer
este paso, pero yo
no debo retroceder
en el camino que sigo.
Adelante, escribiré
á quien puede en un momento
el desórden promover.
¿Cómo saldremos de lance?
Eso se verá despues.
(*Se acerca á la mesa deja el papel doblado que tiene en la mano, coje otro y se pone á escribir.*)

VAL (Paréceme que agitado
por demas anda el marquès.
Alguna intriga está urdiendo.)

CARA. Esta es la cosa... Acabé.
(*se levanta doblando el papel que ha escrito.*)
¿Y no pudiera algun dia
acaso darme qué hacer
esta escitacion al pueblo?
Con mil dudas á la vez
batallo... Estoy indeciso...
(*Tira el papel, ya doblado, encima de la mesa y se pasea con la mayor agitacion.*)
Señor! señor! Es cruel
mi posicion... Pero al cabo (*despues de reflexionar.*)
preciso es obedecer.
(*siéntase de nuevo y cierra un pliego poniendo dentro, no lo que ha escrito, si no el papel que sacó á la escena. Este cambio se hará rápidamente y del modo mas perceptible que se pueda.*)

CARA. Olá!

VAL. Señor.

CARA. Este pliego
con la mayor rapidez
haced que á Toledo llegue,
y á quien va el sobre.

VAL. Está bien.

CARA. ¿Cómo está su alteza?

VAL. Mal.

CARA. Abridme, le quiero ver.
(*Valenzuela abre la puerta de la cámara de don Juan y vase Coracena.*)

ESCENA XII.

VALENZUELA.

No se por qué el corazon
me dice que aqui hay misterio..
El aspecto del marqués,
y la urgencia con que el pliego
quiere que á Toledo vaya,
me hacen sospechar... ¡Qué veo!
Olvidado este papel (*reparando en el papel que Caracena dejó en la mesa.*)
ha dejado... si, en efecto...
Parece recien escrito
y si no me engaño... Cielos!
Es ilusion? No creyera
lo mismo que estoy leyendo!
Bien, señor marqués, muy bien!
Noble es por Dios el deseo
que os anima! La serpiente
quiere su tósigo fiero
derramar; pero no importa,
yo pondré el contraveneno,
Voy á avisar á la reina
sin pérdida de momento;
mas sin descubrir quién sea
el autor de tal proyecto;
que al fin es padre de Sol
y merece mis respetos. (*siéntase á la mesa y escribe.*)
Pocas palabras, al grano...
Está corriente... Lo cierro.
Mas, ¿qué habrá puesto el marqués
por distraccion aqui dentro?
Cualquiera cosa, es igual.
(*se levanta con los pliegos en la mano y el papel abierto que dejó Caracena.*)
Despachemos los correos.
Ola! (*llamando, aparecen dos criados.*)

CRIADO 1.° Qué mandais?

VAL. Tomad
ahora, en este instante mesmo
caballos; vais á marchar.

CRIADO 2.° A dónde pues?

VAL. A Toledo.
En cuanto lleguéis, al punto
entregad estos dos pliegos,
este á la reina Mariana,
este á don Lope Revuelto.
¿Entendeis?

CRIADO 1.° Perfectamente.

CRIADO 2.° Vereis si somos ligeros.

VAL. Tu aprieta el paso, de modo
que llegar puedas primero.
(*al que lleva el pliego de la reina.*)
Tú, detente en el camino
unas dos horas lo menos,
pues no es cosa tan urgente
lo que se dice á Revuelto.

CRIADO 1.° Está muy bien.

VAL. Al instante
partid ambos á Toledo. (*vanse los criados.*)
De esta manera la Reina
podrá precaverse á tiempo.
Yo, por bien de Caracena,
y acaso por mi provecho,
me reservo este papel.
Fortuna, pues tus cabellos
dicen que es preciso asir
en la ocasion, no tan necio
he de ser que la malogre
cuando utilizarla puedo.
(*vase por el foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

VILLARS *saliendo por el foro.*

Muy bien va el negocio! Bien?
Apenas creerán la Francia
y el rey lo que he conseguido,
ó por mi suerte, ó por maña.
Lisongear á los unos,
intimidar con instancia
á los otros... Me parece
que esto no es ir por las ramas.
El joven Carlos se presta
dócil á nuestra alianza,
y, lo que es mas, he observado
que el amor su pecho abrasa.
Y don Juan? Débil, enfermo,
impaciente el freno tasca.
Ese hombre por su valor,
su atroz caracter, su audacia,
para vivir entre el ruido
de un campamento es balaja;
pero de intrigas de corte
no entiende ni una palabra.

ESCENA II.

VILLARS Y VALENZUELA *por el foro.*

VAL. Os he visto entrar y vengo
por si me necesitabais...
VILL. Ola Tadeo! En efecto,
hablar con vos deseaba.
VAL. Pues vos direis.
VILL. ¿Nos oirán?
VAL. Nadie: decid lo que os plazca,
VILL. Cierto amigo que en Toledo
cerca de la reina anda,
me escribe secretamente
que se dispone una trama
para...
VAL. Victorear al principe
y gritar muera Mariana;
con el objeto tal vez
de ver si con esta farsa
prestigio adquiere en el pueblo,
porque ve que se le acaba.
VILL. Cómo! Vos ya lo sabiais?
VAL. Si por cierto.
VILL. Cosa rara!
VAL. ¿Y por qué? En mil ocasiones,
¿no os he dado anticipadas
noticias de los sucesos?
VILL. Es verdad, pero me estraña
que lo sepais, siendo solos
mi amigo y doña Mariana
los que hablaron del asunto.
VAL. Pues ahi vereis.
VILL. (Ya me alarma
este hombre con sus misterios.)
¿Y què pensais?..
VAL. Que no es nada,
y que quedará en proyecto
el motin.
VILL. Pero, si estalla...
VAL. No estallará...
VILL. Sin embargo,
la persona designada
para mover el tumulto
tiene influjo, tiene audacia...
VAL. Si, pero Lope Revuelto
tiene en mucho su garganta,
y, descubierto ya el plan,
procurará conservarla.
VILL. (Diablo! Pues lo sabe todo!)
¿Conque no es cosa que valga
la pena de hablar al rey?
VAL. Lo juzgo cosa escusada.
Mejor obrárais, sin duda
en pedirle con instancia
que, pues don Juan está enfermo,
otro ministro nombrára.
VILL. Oh! Mucho nos convendria!
Pero en estas circunstancias,
¿de quién se puede echar mano
que cumpla las esperanzas
de la nacion?
VAL. De cualquiera
que tenga amor á su patria,
virtud, pureza, honradez
y que á lisonjas villanas
no se rinda... Ese es el hombre
que ha de buscar el monarca:
y aunque su talento sea
mediano, no importa, basta;
porque los sabios, marqués,
prueban muy mal en España.
VILL. El marqués de Liche...
VAL. Un necio.
VILL. Contreras...
VAL. No tiene alma.
VILL. Mèdinaceli...
VAL. Ese al fin
es honrado... Si aceptára...
VILL. Probaremos. Si viviera
Valenzuela! Qué desgracia!
Nos falta el mejor amigo
de la infelice Mariana.
VAL. Si existiese Valenzuela
sobre sus hombros tal carga
no echaria... Sufrió mucho
por su funesta privanza,
y algo, al fin, le enseñaria
el libro de la desgracia.
VILL. Pues sobre el asunto al rey
voy á hablar con eficacia.
Estad por aqui, Tadeo.
VAL. Andaré por estas salas
(entra Villars en la cámara del rey.)

ESCENA III.

VALENZUELA *se vá lentamente hácia el foro, y salen de la cámara de don Juan el marqués de* CARACENA *y* GOMEZ SILVA *hablando entre sí.*

CARA. Con dificultad lo creo.
SIL. Pues no lo dudeis, marqués;
le he observado bien, y es
muy sospechoso el Tadeo.
(sigue hablando bajo.)
CARA. No penseis tal disparate...
Don Juan en todo le emplea.
SIL. ¿Tan necio quereis que sea

que su objeto no recate?
Ademas... (*continua hablando bajo.*)
CARA. Tanto direis,
que me hareis desconfiar.
SIL. Os lo puedo demostrar...
CARA. Venid y me esplicareis
en mi cuarto...
SIL. No quisiera
que con vos me viesen ir,
y que despues al salir
alguno advertir pudiera...
CARA. Y qué importa? Mas no obstante
que esta sala está desierta,
por otra distinta puerta
podreis salir.
SIL. Adelante.
(Veré si mi fin consigo.)
CARA. Mi habitacion no es palacio
y allí hablaremos despacio.
SIL. Me agrada. Pues como digo...
(*vanse por la puerta de la derecha hablando secretamente.*)

ESCENA IV.

VALENZUELA *y despues* PANTOJA.

VAL. Animada conferencia
llevaban entre los dos...
Mucho temo, vive Dios,
que por alguna imprudencia,
malogre en estos momentos
todo cuanto he conseguido,
á costa de haber sufrido
tan grandes padecimientos.
Y ese Silva...! Por mi mal
choqué con él... Ya lo hice,
y el corazon me predice
un resultado fatal.
PAN. Me alegro hallaros, Tadeo.
Solo por veros venia.
VAL. ¿Qué quiere mandarme usía?
PAN. ¿Como está el príncipe?
VAL. Creo
que algo mejor.
PAN. Qué diablura!
Pues se decia que estaba
malisimo... que se hallaba
próximo á la sepultura.
Y al oir tal novedad
me acordé de vuestro empleo,
y dije, solo Tadeo
puede saber la verdad.
VAL. Os diré... (Quiero esplorarle.)
Que se trasluzca no quieren;
mas los médicos infieren
que no hay medio de salvarle.
Ya veis que será desgracia...
PAN. Para él indudablemente.
VAL. El ya en la muerte consiente.
PAN. Dios le reciba en su gracia.
VAL. Parece que lo sentis.
PAN. Oh! Mucho! Al fin es mortal,
y yo á nadie quiero mal.
VAL. Tal vez se alegre el pais.
PAN. Siento que muera don Juan,
aunque manda á sangre y fuego,
porque los que manden luego
ya vereis como lo harán.
Pues es ley de los partidos
del vencedor murmurar,
reemplazarle, y luego usar
mas rigor con los vencidos.
Los de aquí y los de Toledo
iguales son, á mi ver,
y si me dan á escojer
yo con ninguno me quedo.
VAL. Mandad vos.
PAN. Así quisiera
mi reputacion manchar;
mas no, prefiero arreglar
mis haciendas de Antequera.
Mis tierras buenas ó malas
para vivir me dan frutos,
al rey pago sus tributos
y apronto las alcabalas.
Si todos asi lo hicieran
las discordias cesarian,
los pueblos respirarian
y todos en paz vivieran
cual de abejas un enjambre.
VAL. Si, mas ya veis, la opinion...
PAN. En unos es ambicion.
VAL. Bien, pero en otros...
PAN. Es hambre.
VAL. (Aunque mordaz, es honrado.)
PAN. Voy pues á satisfacer
á los que quieren saber
de nuestro enfermo el estado,
y á decirles...
VAL. Qué?
PAN. Que está
su alteza mucho mejor,
y de Dios con el favor
muy en breve sanará. (*vase por el foro.*)
VAL. Si no es de la reina amigo
tampoco deja de serlo.
Muy bueno fuera atraerlo...
He de ver si lo consigo. (*vase por el foro.*)

ESCENA V.

SOL *y* FLORA *por la puerta de la derecha.*

SOL. No está?
FLOR. No señora.
SOL. Es posible!
FLOR. Vedlo.
SOL. Ni en la galeria?
FLOR. Tampoco.
SOL. En efecto,
solo me rodea
tétrico silencio.
Es indispensable
buscarle al momento...
Hazle venir, Flora,
su vida está en riesgo,
y ó logro salvarle
ó con él perezco.
FLOR. Doña Sol, calmaos,
moderad os ruego
ese ardor, que puede
á todos perdernos...
Mas... si no me engaño, (*mirando al foro.*)
él es... si.

ESCENA VI.

Dichos y VALENZUELA.

VAL. Qué veo!
Vos aquí, señora!
SOL. Buscándote vengo.
En grave peligro,
Fernando, te has puesto.
VAL. Pues que pasa?
SOL. Espera
todo has de saberlo.
Retírate, Flora,
y si acaso...
FLOR. Entiendo. (*vase.*)
VAL. Que peligro, dices,
me amenaza?
SOL. Horrendo!
Solo de pensarlo
me angustio y fallezco.
Mi padre, hace poco,
entró en su aposento,
y un tal Gomez Silva
le hablaba en secreto,
de cosas sin duda
de interés inmenso,
pues mi padre oia,
cual no suele, atento.
En su conferencia
tu nombre supuesto
entendí, y al punto
púseme en acecho,
por ver si podia
el fatal misterio
penetrar.
VAL. Qué oiste?
Acaba.
SOL. Yo tiemblo!
Decia Gomez Silva,
»No dudeis mi aserto,
es muy sospechoso
el ugier Tadeo,
y por él acaso
se sabrá en Toledo
cuanto aquí en palacio
se hace de secreto.
Prendedle, añadia,
cargadle de hierros,
y de esta manera
dirá con qué objeto
al príncipe sirve,
y quién es sabremos.»
VAL. Menguado, cobarde,
su rabia comprendo.
Pero, ¿me conoce?
SOL. No sé, mas lo temo.
VAL. Bella Sol, tu aviso
en el alma aprecio:
pero, ¿cómo evito
este contratiempo?
SOL. ¿Cómo? me preguntas...
Mi Fernando, huyendo.
VAL. Así me acrimino.
SOL. Sálvate.
VAL. No es tiempo.
¿A dónde escapára
que no fuese preso?
Con solo este paso
yo me hiciera reo,
y no, no he de darle;
quedarme prefiero.
Don Juan ni tu padre
han de ser tan ciegos,
que en mi su venganza
descarguen severos,
por una sospecha,
un vago recelo.
Sosiégate, hermosa,
que no corro riesgo.
SOL. Tu calma me mata!
Sal de aquí!...
VAL. No puedo.
SOL. Ah! Con tus palabras
destrozas mi pecho!
Teneis las entrañas
los hombres de acero;
ni el peligro os mueve,
ni os ablandan ruegós.
Un tiempo solias,
oh! bien lo recuerdo!
decirme que sola
mandaba en tu afecto,
y que te atreviéras
á escalar el cielo
si yo lo queria,
si era mi deseo.
Hoy ya nada valgo,
hoy ya nada puedo.
No me amas!
VAL. Te adoro!
SOL. Lo dudo.
VAL. No miento!
SOL. Antes mis palabras
cual sacros preceptos
sumiso cumplias,
amoroso, tierno,
hoy...
VAL. Sol, ¿qué pretendes?
Manda y obedezco.
SOL. Pues sálvate, huye,
porque yo lo quiero.
Pero, no, mal dije,
mandarte no debo;
huye, vida mia,
porque.. te lo ruego.
VAL. ¿Y si no me es dado
seguir tu consejo?
SOL. Por qué?
VAL. Porque esclavo
de fiel juramento,
á este triste alcázar
ligado me veo.
Como siempre vivo
sugeto á tu imperio,
mi suerte futura,
mi engrandecimiento,
hasta la existencia
por ti perder puedo;
pero ajar, cobarde,
mi honor no tolero.
La honra es de los hombres
el vital aliento,
entre vida y honra
la vida es lo menos.
SOL. ¿Y quién sacrificio
tan grande y estremo
exige?

VAL. La patria.
SOL. Fernando, comprendo!
Esa frase vaga
es de mas efecto
para ti, que el llanto
que ora estoy vertiendo!
Al lado del ruido
político y fiero,
la muger, ¿qué vale?
Su cariño tierno,
su pesar, sus lágrimas
son un pasatiempo...
En hora menguada
te amé!
VAL. (Justo cielo!)
SOL. Tal vez á la muerte
vas corriendo ciego.
VAL. Si tal es mi sino,
tranquilo, sereno
verásme arrostrarla:
no conozco el miedo.
Y en mi hora postrera
tendré por consuelo,
saber que mi sangre
por la patria vierto.
Ah! Tú no comprendes
este sentimiento!
Tu amor vale mucho,
es un bien supremo,
pero, no te ofendas...
la patria es primero.
SOL. Pues bien, esa patria
que en tu loco anhelo
salvar imaginas,
te dará por premio
prisiones, desgracias,
patíbulo horrendo.
VAL. Si tú por mi velas,
si prestas aliento
á mi vida, nada
en el mundo temo;
que eres mi esperanza,
mi dicha, mi cielo.

ESCENA VII.

DOÑA SOL, VALENZUELA, y CARACENA *que al salir por la puerta de la derecha ha oido los cuatro últimos versos y baja á la escena precipitadamente.*

CARA. Maldicion! ¿Qué es lo que veo!
¿Qué es lo que estoy escuchando!
SOL. Ay de mi!
VAL. (¡Morir deseo!)
CARA. Vive Dios, que apenas creo
lo mismo que estoy mirando.
SOL. Padre!
VAL. Señor!
CARA. Basta ya.
Detenga su lengua impia
el que ofendiéndome está;
el que atrevido quizá
ha manchado mi hidalguia.
Amigo fiel me ha enterado
de vuestra infame traicion,
mas nunca hubiera esperado
que de traidor al dictado
unierais la seduccion.
VAL. Vuestro furor moderad,
y ved lo que estais diciendo.
Aqui no hay traicion...
CARA. Callad!
Os lo mando.
VAL. Reparad
que pueden estar oyendo.
CARA. Bien decis... Mi justo enojo
fuerza es que limite y venza,
(*con cólera concentrada.*)
pues si alguno tal sonrojo
á entender llegase, rojo
me pusiera de verguenza.
Y tú, Sol, hija querida,
que mi orgullo ser debieras
y el consuelo de mi vida,
¿cómo tu cariño olvida
que nuestro honor dilaceras?
¿Asi pagas la terneza
de mi paternal amor?
Ah! Maldigo tu belleza,
y esa funesta flaqueza
que hoy me cubre de rubor.
SOL. Perdon, perdon, padre mio;
aun de vos soy digna, si,
y por ello me glorio;
que en mi amante desvario
nunca ofenderos crei.
Mi atrevimiento procede
de esta violenta pasion,
que á ningun esfuerzo cede...
pero decidme, ¿Quién puede
dar leyes al corazon?
Nuestro cariño, señor,
es tan noble, puro y fuerte,
que va adquiriendo vigor
á medida del rigor
con que nos trata la suerte.
Con los contratiempos crece,
con los infortunios medra
y en ellos se fortalece;
bien asi como la yedra
pegada al arbol florece.
Mi triste amor ya sabeis,
no quiero ocultaros nada.
Ahora vos decidireis,
y cual siempre me hallareis
obediente, resignada.
CARA. Mi cariño bien pudiera
esa pasion disculpar,
si mas decorosa fuera,
si en un hombre recayera
que á ti pudiese aspirar.
Pero, ¿cómo con serena
frente veré que la mano
de la hija de un Caracena,
de un noble, en torpe cadena
se enlace á la de un villano?
VAL. Resuelto estaba á templar
vuestra terrible fiereza
sin osaros contestar,
marqués, pero ya callar
fuera humillacion, bajeza.
Como vos sois personage
de alta alcurnia, de valia,
y me veis en este traje,
juzgais que causa un ultraje
mi amor á vuestra hidalguia.
Mas no penseis que me asombre
de juicios tan orgullosos,

para vos los de alto nombre,
para vos los poderosos,
un hombre pobre... no es hombre.
¿Cómo el que no es caballero
sentir puede una pasion?
Locura! El pobre pechero
es un estuco grosero
privado de corazon.
Si asi discurris, ahora
por cierto que os engañais;
tengo un corazon que adora,
y al amor de esta señora
derecho que no pensais.

CARA. Cuál es?

VAL. Su amor.

CARA. Por mi fé
que alto remontais el vuelo.
Hidalgo sereis!... *(con mofa.)*

VAL. No sé:
pero, decidme, ¿quién fué
vuestro vigésimo abuelo?
Un intrigante, tal vez;
un soldado de fortuna
lleno de hambre y desnudez,
que acaso mas de una vez
un pajar tuvo por cuna.
Da el rey á sus servidores
mercedes, honras, grandezas,
mandos, títulos y honores,
y los colma de favores,
y á su voz nacen noblezas.
Pero Dios omnipotente
desde su elevado asiento,
al pobre le hace clemente,
y su nobleza esplendente
es la virtud, el talento.
Y pues aqui entre los dos
hablar con franqueza es ley,
qué vale mas, pensad vos,
si la nobleza de Dios,
ó la nobleza del rey.

CARA. Basta! No he de tolerar
tan inaudita insolencia...
Yo mi honor sabré vengar.
Mañana habeis de marchar *(á Sol.)*
á un convento de Valencia.

VAL. (Cielos! Qué escucho!)

SOL. ¡Ay de mí!

VAL. (Siempre he de vivir penando!)

SOL. Qué desgraciada nací!

CARA. Salid al punto de aqui. *(á Sol.)*

SOL. Piedad, señor!

CARA. Os lo mando.

SOL. Una palabra, señor...

CARA. Ni una mas he de escuchar.
(la coje por el brazo, la hace entrar por la puerta de la derecha y dice al foro.)
Guardias! Prended al traidor.
(cercan los guardias á Valenzuela.)

VAL. (Y que esto sufra! Oh furor!)

CARA. Ahí le habeis de custodiar.
(Don Juan sabrá este atentado
y se hará lo que resuelva.
Voy á hablarle de contado...)
No os lleveis al arrestado,
guardadle hasta que yo vuelva.
(se dirige hácia la cámara de don Juan.)

ESCENA VIII.

CARACENA, *el duque de* MEDINACELI, *el marqués de* LICHE, DON PEDRO CONTRERAS *y el marqués de* VILLARS *saliendo por la puerta de la cámara del rey.* VALENZUELA *al foro rodeado de los guardias. Al cuarto verso entran por el foro* PANTOJA *y* GOMEZ SILVA.

LICHE. Yo os felicito, marqués. *(á Villars.)*

CON. Recibid mi enhorabuena. *(á Medinaceli.)*

MEDI. (Ola! Aqui está Caracena.)

CON. Acertada eleccion es. *(á Liche.)*

CARA. Pero, ¿qué ocurre, señores?

SIL. Qué hay, Contreras?

PAN. (Qué será?)

CON. Ahora el duque lo dirá. *(á Silva.)*

MEDI. Víctima de sus dolores,
y no embargante el afan
de una asistencia cumplida,
ha pasado á mejor vida
el buen príncipe don Juan.
Penetrado de dolor
tan amargo como fuerte,
por tan prematura muerte,
manda el rey nuestro señor...
(todos se descubren. Continua leyendo un papel.)
Primero: que yo me encargue
cual ministro universal
del despacho general...
Aunque tal favor me amargue,
pues no ambicioné tal puesto,
lo quiere su magestad,
y á cumplir su voluntad
siempre me hallará dispuesto.
Para que de sucesion
concluya toda reyerta,
sus bodas por fin concierta
con María Luisa Borbon.
La reina manda tambien
que de Toledo regrese,
y que la desgracia cese
de los que la quieren bien:
que los destierros se acaben,
y que los que en tierra estraña
hoy gimen, vuelvan á España
y su posicion recaben;
y pues bastante han sufrido
recobren sus posesiones,
y honores y distinciones
que un tiempo hubieran perdido.
Y como que solo anhela
bondades mil derramar,
conde se digna nombrar
al difunto Valenzuela.
Tal es su real voluntad
y cumplirla bien es ley.

CON. Viva Carlos!

SILVA, LICHE. *y* CON. Viva el rey!

CARA. (Desgracia! Fatalidad!)

MEDI. Vos, marqués de Caracena,
por vuestro pasado porte,
tendreis que dejar la corte...
Id desterrado á Llerena.

PAN. (Conque otra vez hay leales
y traidores! Pobre España!
Cual te se burla y engaña!
Lo dicho, todos iguales.)

CARA. (¡La rabia me vuelve loco!)
Muy bien, obedeceré,

y al destierro marcharé.

(*Valenzuela, que separándose de los guardias se ha ido acercando á los interlocutores, se abre paso y se adelanta al proscenio.*)

VAL. Aun no, marqués, poco á poco.
Yo intercederé por vos,
y puede que el rey me atienda.
Tengo una próxima hacienda
que habitaremos los dos.
MEDI. Quién sois? (*á Valenzuela.*)
VILL. Tadeo!
SIL. El ugier!
CARA. ¿El hombre de maldicion
que ha herido mi corazon...
VAL. Hoy os quiere proteger;
porque ya nada recela
y siempre os quiso, marqués.
MEDI. Quien tanto puede, ¿quién es?
VAL. Es Fernando Valenzuela.

(*se descubre arrojando lejos de si la barba y peluca postizas. Movimiento general de asombro y curiosidad.*)

TODOS. Valenzuela!
VAL. El mismo, si.
CON. Qué asombro!
MEDI. Cosa mas rara!
SIL. (¡Quien diablos imaginára...!
Me he lucido, pesia mi!)
CARA. (Cielos!)
MEDI. ¿Y no nos direis...? (*á Valenzuela.*)
VAL. Todo lo que he padecido;
pero la gracia que pido
espero me otorgareis.

(*señalando á Caracena que se ha sentado lleno de abatimiento.*)

MEDI. El rey no podrá negar
á su mejor servidor
este pequeño favor;
con él podeis ya contar.
Vos, Pantoja, si gustais
podeis quedar en la corte,
pues hombres de vuestro porte...
PAN. No, duque, no prosigais.
Quedárame si pudiera
mi caracter dominar,
pero prefiero mandar
en mi casa de Antequera.
MEDI. Villars, pues para escribir
aqui recado tenemos,
á vuestra corte podemos
este suceso decir.

(*Medinaceli, Villars, y Liche se acercan á la mesa, conferencia y escriben. Los cortesanos, Contreras Silva y Pantoja forman grupo aparte y hablan entre si acaloradamente. Caracena y Valenzuela se contemplan en silencio—Pausa corta.*)

VAL. Comprendo vuestro pesar, (*á Caracena.*)
y ojalá dado me fuera
consolaros, que lo hiciera.
CARA. Me quereis avergonzar? (*levantándose.*)
VAL. No. Y en prueba de que soy
vuestro amigo el mas sincero,
á fuer de buen caballero
un servicio á haceros voy.
En esa mesa, marqués,
este papel olvidado
dejasteis... Yo le he tomado
porque es de grande interés...
Le conoceis? (*enseñandole su carta.*)
CARA. Santo cielo!
Podreis acaso intentar
torpe venganza tomar?...
VAL. Deponed todo recelo.
Del honor la senda fiel
el hombre honrado no tuerze,
ni traicion indigna ejerce...
Ahi teneis vuestro papel.
CARA. Ah! Gracias! Ahora comprendo
lo que sois, lo que valeis!
Perdonadme, si podeis,
mis arrebatos.
VAL. Me ofendo
de que no deis al olvido
nuestra pasada querella,
en que acaso nuestra estrella
para siempre nos ha unido.
Desde hoy con afan prolijo
por vos, señor, velaré...
y lo que querais seré...
CARA. (*titubea un poco y le abraza.*)
Fernando!.. Serás mi hijo!
VAL. Apenas puedo creer
tanta dicha, tal ventura!
Ay! El corazon me augura
largas horas de placer.

(*Medinaceli, Villars y Liche se separan de la mesa, bajan la escena y los cortesanos se aproximan.*)

VILL. Está corriente. (*guardando un papel.*)
MEDI. Marqués, (*á Villars.*)
os felicito de nuevo.
VILL. Oh! no; yo soy el que debo
hacerlo á vos.
LICHE. Asi es.
VILL. La cuestion ha terminado
merced á vuestra constancia,
y al apoyo que la Francia
por mi medio os ha prestado.
MEDI. Cierto; pero ya ese lujo
de continua intervencion
se concluyó. La nacion
vive bien sin el influjo
estrangero, y es probado
que para adquirir blasones
y hacer temblar las naciones,
de nadie ha necesitado.
Mientras yo ocupe la silla
del ministerio español,
ninguno, bajo del sol,
ha de humillar á Castilla.
VAL. Muy bien, duque! Sepa el mundo,
sujetándoos á la ley,
que esta nacion tiene un rey
y el rey es Carlos segundo.
Y que sin sufrir jamas
tutela de gente estraña,
ha de gobernar á España
su gobierno y nadie mas.

(*cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

MADRID: 1847.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba núm. 13.